

leyendas, y sobre todo el lugar importantísimo que en las creencias religiosas de los pueblos se concede á ese astro, corroboran aquel aserto. La adoración religiosa de los astros, y principalmente del sol, la encontramos extendida por muchos pueblos, ora de un modo manifiesto, ora indicada por simples huellas: de aquí que podría decirse «que el sol, dispensador de la luz, ha sido adorado por todas las naciones como un ser divino, como un bienhechor universal»; lo cual es mucho decir, á pesar de que el culto del sol se halla muy extendido, sobre todo en las esferas intelectuales más elevadas. Conocidas son ciertas leyendas que se ocupan en las distintas posiciones del sol respecto de la tierra y en el cambio de estaciones que aquellas traen consigo. El sol, en unión con la tierra, crea todo lo vivo y todas las estrellas. Las almas de los héroes que fallecen se dirigen á menudo hacia el sol que se pone.

Los fenómenos atmosféricos llaman la atención del hombre por su directa influencia sobre el bienestar y el malestar de éste, y porque afectan profundamente á su prosperidad económica. El papel que, como se comprenderá, desempeñan en las creencias y en las supersticiones del hombre, demuestra la existencia universal del que promueve la lluvia, el sol y la fertilidad. Fuera de este terreno, encontramos el de aquellos fenómenos que no están nunca, ó á lo más raras veces, relacionados con los intereses del hombre y que, por ende, sólo son observados por éste cuando directamente se le imponen. El hombre natural, la criatura más llena de preocupaciones que ha salido de la especie humana, el hombre de más limitados horizontes, no puede oír sin impresionarse el rugido del mar, los ruidos de la selva, el murmullo del arroyo, fenómenos que son incluidos en la esfera de aquellas ideas supersticiosas que son producto de causas más próximas.

De muy diversa índole son los frutos de su vida en contacto íntimo con la naturaleza más comprensible: en este punto, las raíces de la poesía se enlazan con las de la religión, siendo el reino animal el que más materia ofrece. Las leyendas de animales y de plantas constituyen la parte principal de la literatura de los pueblos primitivos y los animales ocupan un lugar en el origen de las genealogías de las tribus y de los caudillos, llegando á imponerse de un modo irresistible por las utilidades ó por los perjuicios que ocasionan. Los animales carnívoros que comen carne humana son afines á los salvajes, que no distan mucho de la antropofagia, y quizás el tan extendido temor supersticioso de matar hienas y cocodrilos, animales ambos en alto grado antropófagos, está relacionado con una repugnancia fundada en causas análogas. El respeto que imponen estos animales (entre los malayos y entre los joloffes de la Senegambia los cocodrilos son encerrados en lagos sagrados) puede también interpretarse en otro sentido: así, por ejemplo, Lobengula, rey de los matabeles, prohibía bajo pena de muerte á sus súbditos matar cocodrilos, porque con los cocodrilos muertos podían practicarse funestos maleficios. Las creencias relativas á los animales pueden adoptar, además, una forma indirecta, pero siempre se traslucirán esos motivos fundamentales.

Para formarse una idea general de la propagación de las distintas religiones sobre la tierra, se las suele clasificar en unos pocos grandes grupos, cuya estadística sólo puede conseguirse de una manera aproximada, puesto que sólo se buscan cifras apreciativas. Nada puede objetarse á este procedimiento, ya que las distintas religiones, además del interés que en sí mismas tienen, constituyen monumentos de cultura de grandísima importancia. Pero debe suponerse que esta clasificación ha de fundarse, en cuanto sea posi-

ble, en diferencias profundas, para que la humanidad no aparezca fraccionada en grupos casuales, antes bien pueda diferenciarse por la magnitud y profundidad de las creencias religiosas. No puede decirse que esta suposición se haya realizado en las tentativas que en este sentido hasta el presente se han hecho, puesto que, en vez de este procedimiento, encontramos que se han tenido para ello en cuenta circunstancias comunes y externas, estableciéndose la clasificación de cristianismo, paganismo, monoteísmo, politeísmo y otras. Si estudiamos el desenvolvimiento religioso de la humanidad en relación con el desarrollo general, comprenderemos que aquellas religiones no pueden ser los grandes límites divisorios de aquel desenvolvimiento, sino que las secciones naturales de éste deben partir de una base más profunda. Se ha definido la religión de una manera exacta y general diciendo que es una relación afirmativa de la conciencia humana con algo que se siente como objetivo y que determina de una manera suprema las cosas, y respecto del cual se encuentra el hombre en personal relación. Esta relación no se ha desarrollado en parte alguna bajo una forma pura, sino de un modo entrecortado, incompleto é imperfecto. En su desarrollo no ha avanzado sola, sino íntimamente unida á los demás esfuerzos del humano espíritu y especialmente á los movimientos y á las necesidades de su conciencia, en virtud de lo cual ha recibido un auxiliar importantísimo en el elemento moral. Gracias á éste, la religión ha ejercido poderosa influencia en la cultura, pues así como en los rudimentos del desarrollo religioso, el hombre casi aparece exclusivamente como peticionario que acude á los espíritus, fetiches, etc., con deseos ó mandatos, por cuya realización les ofrece luego sus sacrificios; gracias á la moral, el espíritu se convierte en poder que, provisto de premios y de castigos, preside en el hombre y puede no sólo guiarle, sino que también muchas veces obligarle. Este desenvolvimiento del elemento moral en la religión, cuyos distintos grados pueden conocerse, corre paralelamente con la depuración que en ésta se verifica de un gran número de elementos que, sin afinidad ninguna con ella, suelen ir á ella unidos, como sucede en los grados inferiores del proceso religioso, en los cuales la misión de los magos, sacerdotes y demás, no se reduce al culto del espíritu sobrehumano, sino que se extiende al cultivo del espíritu del hombre, es decir, á todos los rudimentos de la ciencia, del arte y de la poesía. A este grado se le suele dar el nombre de religión natural, que no creemos aceptable, porque esta denominación se presta con demasiada facilidad á la idea de que aquélla es simplemente una transformación del estado de naturaleza y se encuentra especial é íntimamente relacionada con ésta. Más bien merecen ser de tal suerte designadas algunas religiones que, como la griega, han llevado hártos lejos su adoración de la naturaleza. Nosotros propondríamos la siguiente clasificación de las religiones, que nos parece más adecuada á su esencia y á su desenvolvimiento:

I. Religiones que elevan poco lo divino sobre lo humano y que apenas contienen el elemento moral: descansan principalmente en las creencias de las almas y de los fantasmas y con ellas están enlazadas la adivinación, la medicina, los conjuros de la lluvia y otras supersticiones.

a) Sin una unión fuerte con algún grupo de fenómenos de la naturaleza y por ende muy inclinadas al fetichismo: las de muchos pueblos negros.

b) El mismo rasgo fundamental, pero con mayor desarrollo de las ideas cosmogónicas y mitológicas que forman un sistema completo: polinesios.

II. Religiones que elevan más lo divino sobre la esfera humana y que se van constantemente desprendiendo de la mezcla de otros esfuerzos intelectuales del género científico, poético, etc., y que en cambio desarrollan cada vez más el elemento moral, principalmente apoyado por la idea de una vida futura, con premios y castigos, en la cual reaparece purificada la creencia de las almas (de la I).

a) Politeísmo ó pluralidad de dioses que, sin em-

bargo, suele asignar á un dios especial un puesto superior al de los demás, sin por eso reconocerle ninguna superioridad moral: brahmanes, indios, griegos.

b) Monoteísmo en sus diversos grados de desarrollo, según el número é importancia de los santos y demás seres afines á Dios, que se interponen entre el hombre y la divinidad única. El Dios único es la suma perfección moral: judíos, cristianos, mahometanos.

## INVENTOS Y DESCUBRIMIENTOS

Esencia del invento. - Ciencia primitiva. - Invento y conservación. - Dificultad de la tradición en las capas inferiores. - Desaparición de los inventos. - La alfarería en Polinesia. - Importancia de algunos inventos en las primitivas relaciones. - Tapa. - Origen oscuro de las conquistas de la civilización de los pueblos naturales. - Ejemplos de imitaciones y de otras coincidencias. - No hay pueblo alguno sin relaciones. - Pobreza y empobrecimiento etnográficos. - Diferencias entre los grados de desenvolvimiento. - Monbutús. - Desenvolvimientos individuales notables. - Islas de Gilbert. - Dificultad de determinar el grado de cultura de los pueblos.

Los sucesos que juntos forman lo que se llama progreso de la humanidad consisten en un estudio, cada vez más amplio y profundo, de los fenómenos de la naturaleza, gracias al cual aumenta proporcionalmente el caudal de medios que el hombre toma de los objetos que le rodean, para mejorar y embellecer la vida. Esto mismo ha de haber acontecido en los tiempos primitivos. El invento del fuego por medio de la frotación fué un hecho intelectual, que exigió tanta observación y tanta fuerza de inteligencia, por lo menos, como el invento de la máquina de vapor. El inventor del arco y de la flecha ó del arpón debió ser un genio entre sus contemporáneos. Entonces, como ahora, lo que por impulso natural conquistaba el espíritu, había de seguir un camino dentro del espíritu aislado, para después, en circunstancias más favorables, abrirse paso. Únicamente los impulsos de un grado inferior, es decir, poco desarrollado - que en general podemos llamar coincidencias - surgen como epidémicamente en muchos espíritus á la vez y pueden, por ende, determinar la fisonomía intelectual de un pueblo. Las conquistas de la inteligencia son actos individuales, y la historia de los descubrimientos aun más insignificantes, es un fragmento de la historia de la humanidad. Si pensamos en el hombre de los primitivos tiempos, que vino desnudo al mundo, veremos que le interesaba en extremo apropiarse, de los recursos que la naturaleza le ofrecía, aquellos que podían satisfacer sus necesidades. La naturaleza le salía al encuentro por dos distintos caminos, á saber, presentándole las materias para su alimentación, vestido y armamento, y despertando en él los impulsos que le hicieran apreciar estas materias de la manera debida. De estos impulsos hemos de ocuparnos.

En los inventos, como en todo lo que emana de la inteligencia del hombre, desempeña un gran papel el mundo exterior que en su alma se refleja. Es indudable que mucho se ha pasado por alto, de la misma manera que nadie podrá nunca determinar con exactitud cuáles son las conquistas que á la imitación de la naturaleza se deben y cuáles han ido más allá. Muchas veces, la semejanza entre el modelo y la copia parece ser exacta, como por ejemplo cuando Livingstone ve en la costumbre de los árabes de hacer que con una simple presión en la cerviz se arrodillen sus camellos, una imitación de la presión que, con este mismo objeto, ejerce la gacela con el casco de su pié en la cerviz de sus pequeñuelos; ó cuando, según refiere Pedro Kolb, los hotentotes buscan aquellas raíces y tubérculos que comen los babuinos y los jabalíes. Al estudiar el desenvolvimiento de la agricultura, encontraremos otros ejemplos de estos im-

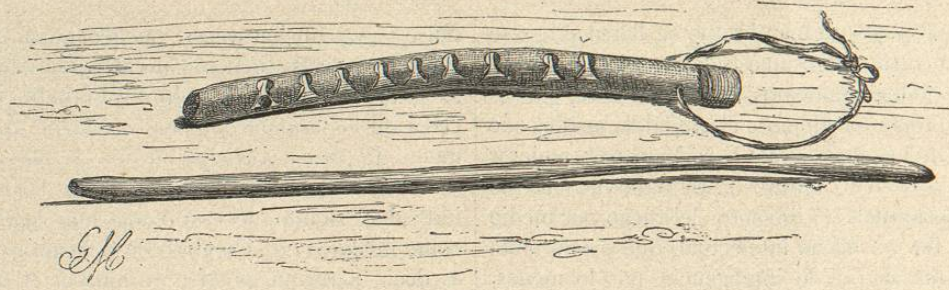
pulsos que, muchas veces, pueden inconscientemente prevalecer en otras esferas. También podríamos decir que en los grados inferiores de cultura, el hombre se encuentra más cerca de los animales, y por esta razón aprende más fácilmente de ellos y participa más de sus instintos.

Estas conquistas son directamente hechas por y para el individuo, siendo necesario algo más para que aparezcan como inventos en el sentido de la historia de la civilización, es decir, para que puedan enriquecer el patrimonio de la cultura. Dos maneras hay de reunir las conquistas intelectuales, y cada una de ellas tiene distinta eficacia é importancia histórica: en primer lugar, tenemos la fuerza creadora concentrada de los individuos dotados de verdadero genio, aportando cada día nuevos objetos á los tesoros de la humanidad; y en segundo, la difusión de los mismos entre el vulgo. Una gran parte de estas conquistas sólo se difunde en forma de conocimientos aislados, y entonces la conservación de lo conquistado sólo está garantizada por la renovación constante de las masas. El invento que el individuo conserva únicamente para sí, con él muere: sólo la tradición permite la supervivencia de las ideas. El grado de fuerza vital de los inventos y descubrimientos depende de la fuerza de la tradición del pueblo, que, á su vez, puede definirse función de la cohesión orgánica de las generaciones. Y como esta cohesión es más robusta en aquellas capas de un pueblo que vive en la ociosidad ó que se ha dedicado exclusivamente al cultivo de la inteligencia, aunque en su forma primitiva, de aquí que la fuerza de conservación de las conquistas intelectuales dependa también de la organización interna de los pueblos. Y por último, como la colección de conquistas intelectuales influye eficazmente en los espíritus creadores que sin ellas hubieran impreso á su actividad otros derroteros ó se hubieran, por lo menos, visto obligados á comenzar siempre de nuevo, por esto todo cuanto contribuye á robustecer la fuerza de la tradición de un pueblo, influye favorablemente en el enriquecimiento de su patrimonio de ideas, descubrimientos é inventos. En su consecuencia, pueden considerarse como condiciones naturales que mediatamente favorecen el desarrollo intelectual de la humanidad, aquellas que coadyuvan á la consistencia de las poblaciones tomadas en su conjunto, á la actividad productiva del individuo y con ello al aumento de riqueza de la totalidad. También influye, en este sentido, todo aquello que, dentro de estas condiciones, favorece la difusión de un pueblo y da mayores facilidades al cambio. Si se tiene en cuenta que la invención necesita, además del

invento, que requiere estudios y fuerza de imaginación, la conservación de lo inventado y su difusión en más vastas esferas, para que pueda ser utilizado prácticamente é imitado y de esta suerte incluído en el patrimonio permanente de la cultura; se comprenderá que esta función inventiva, tan importante para el progreso de la misma, no puede tener una acción igualmente eficaz en todos los grados de la civilización. En los estados inferiores, todo tiende á limitar la eficacia de esta función y aun á anularla por completo. El progreso de la civilización lleva un compás precipitado.

¡Cuántos inventos del hombre pueden haberse perdido, en el transcurso de los siglos, de los que precedieron á la formación de grandes comunidades y á la transformación del impulso de sociedad! ¡Cuántos inventos vemos aún hoy en día que, con sus autores, han sido relegados al olvido, ó que, en los casos más favorables, han sido trabajosamente desenterrados y conservados! ¡Quién es capaz de medir la indolencia y aun la oposición honda con que se acogen las nuevas

ideas! A este propósito, nos viene á la memoria una descripción que hace Cook, al explicar su segundo viaje á Nueva-Zelandia: «Los neo-zelandeses parecen estar completamente contentos con los mezquinos conocimientos que poseen, sin manifestar el menor deseo de aumentarlos. No son curiosos en sus preguntas ni en sus observaciones: las cosas nuevas no les sorprenden tanto como sería de suponer y muchas veces ni siquiera por un momento llaman su atención. Omai (el acompañante tahitiano de Cook), á quien aquellos apreciaban, llegaba á formar, algunas veces, un corro á su alrededor; pero los neo-zelandeses parecían escuchar sus discursos como hombres que no entienden ni procuran entender lo que oyen.» ¡Qué perspectiva de inútiles impulsos se abre ante una atrofia intelectual de esta índole, y cuán aplicable es esto, en más ó menos grado, á todos los pueblos naturales! De esto deducimos que todos los sudores derramados por nuestra época de inventos y sus luchas por conseguir nuevos mejoramientos, son simplemente una gota que cae



Pedazos de madera usados por los cañes para producir fuego por medio de una frotación rápida. (Museo de la Casa de Misiones de Berlín)  $\frac{1}{4}$  del tamaño real

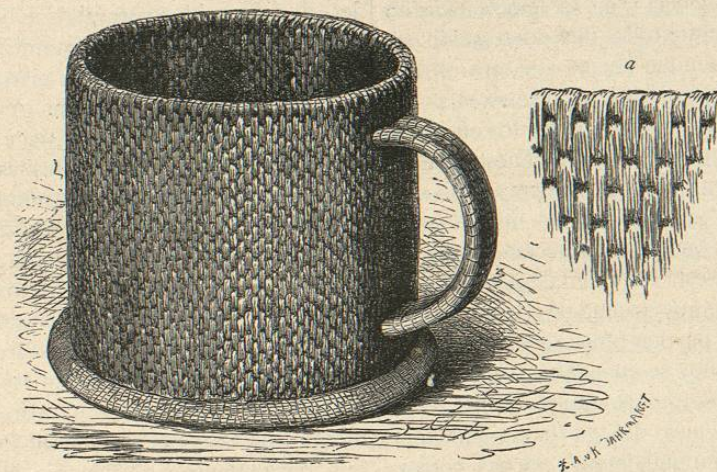
en el mar de trabajos en que sucumbieron los inventores de los tiempos primitivos. En nuestro mismo mundo actual, que es ya, aun en lo que respecta á los pueblos naturales, un mundo de trato, de cohesión y de relaciones, no son raros los casos en que se han perdido importantes descubrimientos. Los gérmenes de cultura no prosperan de una manera igual en todos los terrenos; antes bien la cantidad de medios de civilización que un pueblo admite, está en relación con el conjunto de su estado de cultura, que marca los límites de su facultad de asimilación. Lo que se le presenta fuera de estos límites, aunque aparentemente aceptado, carece de importancia para la vida de ese pueblo y con el tiempo se vuelve rígido ó cae en completo olvido. Después de esto, la mayor parte de pobreza etnográfica se encuentra en las capas inferiores de los pueblos ricos desde el punto de vista de la etnografía.

Cuando de la existencia de ciertas conquistas de la civilización (como plantas de cultivo, animales domésticos y utensilios) hechas por un pueblo, quiere deducirse el contacto de éste con otro, olvidase con frecuencia esta sencilla pero importantísima circunstancia. Algunas cosas de nuestros montañeses no parecen demostrar que por espacio de miles de años han vivido cerca de una civilización elevada; y los bosquimanos se han asimilado muy pocas de las armas, utensilios y habilidades que poseen los betschuanos. Del mismo modo, el progreso de las cosas y de las ideas que pueden abarcarse con el nombre de patrimonio de la civilización, que el retroceso ó por lo menos el estancamiento en que cae este impulso, por naturaleza poco enérgico, son un fenómeno sumamente instructivo, ofreciendo grandes atractivos una comparación entre los distintos grados de este quietismo. El que parta del principio de que la alfarería es un invento primitivo más conocido del hombre natural que

ningún otro, verá con sorpresa, en Polinesia, cómo un pueblo, dotado de ciertas facultades y no exento de pretensiones, se pasa sin este arte y cómo no existen en él ni aun los impulsos que pudieran considerarse como gérmenes del mismo; y si luego mirara á su alrededor y sólo volviera á encontrar este arte en una pequeña isla del extremo oriental de Polinesia, comprendería que el trato entre países é islas, aun el trato poco frecuente y además intermitente, contribuye mucho más que el invento independiente al enriquecimiento del tesoro de cultura de la humanidad. El hecho de que este trato esté sujeto á muchos cambios en sus funciones mediadoras y propagadoras, nos explica cómo este arte, tan desarrollado entre los isleños de Fidschi, no haya sido transportado al archipiélago de Tonga, tan cercano á esas islas y que tantas relaciones con ellas sostiene, y nos explica, también, la ausencia del mismo entre los assiniboios de la América del Norte, que viven casi al lado de los mandanos, tan adelantados en dicho arte. Esto demuestra que los inventos no se propagan como el fuego en una estepa, que arde mientras hay material combustible, sino que entra por mucho en ello la voluntad humana, que caprichosamente rechaza algunos por pereza y acepta otros con gran satisfacción. Esta tendencia al estancamiento, una vez conseguido cierto grado de desarrollo, es indudablemente tanto mayor, cuanto más inferior es el grado de cultura general, como nos lo demuestran muchos ejemplos que se ofrecen á los estudios especiales. Se hace lo mismo durante mucho tiempo y de aquí no se pasa. Así, por ejemplo, debería creerse que los pueblos que no han conocido nunca la alfarería deben haber buscado un medio cualquiera para proporcionarse utensilios en donde colocar los manjares que se han de poner al fuego; pero no es así, sino que los polinesios, excepción hecha de aquellos pobres isleños orientales,

calientan los líquidos echando en ellos piedras calentadas al rojo y es muy probable que no hubieran pasado de aquí sin el auxilio de los extranjeros. Por esto, es preciso guardarse de considerar demasiado indispensables ciertos inventos, aún los más sencillos, siendo mucho más justo creer que la inteligencia de los pueblos naturales aparece estéril en todo aquello que no se refiere á los fines inmediatos de la vida y especialmente al embellecimiento y recreo de la misma. Las emigraciones, que no queremos en este lugar omitir, podían ser causa de varias pérdidas, pues además de que el material natural de muchas artes sólo se presenta en proporciones muy limitadas, toda gran emigración importa una brecha en las tradiciones. Th. Williams refiere que la tapa ó masi sólo se elaboraba antiguamente en la Nueva-Zelandia, de donde ha desaparecido ese arte por completo. La tapa re-

presenta un papel importantísimo entre todos los demás polinesios. En estos grados inferiores de cultura, toda la vida social depende, más que en los superiores, de la creación ó de la pérdida de un sencillo invento. Cuanto más se acerca la vida á la naturaleza, cuanto más tenue, por decirlo así, es la capa de la civilización en que aquélla arraiga, cuanto más sencillas y cortas son las fibras que penetran hasta llegar al suelo natural, tanto más radical y trascendental ha de ser toda modificación que en este suelo se realice. El que quiera comprender mejor esta afirmación, puede recordar aquella opinión, un tanto exagerada, de que la introducción del caballo en la economía doméstica de los pueblos, contribuyó poderosamente á la creación de una aristocracia con un fundamento real, pues dió origen á una caballería, sea de combatientes en carros, sea de caballeros de hierro, que



Un cacharro trenzado para beber, endurecido con resina.  $\frac{1}{3}$  del tamaño verdadero.—a Una parte del trenzado

consolidó el estado de casta de los guerreros, que de otra suerte no hubiera podido sostenerse. El invento de la confección de telas para vestidos, ora en forma de productos tejidos, ora en la de cortezas debidamente preparadas, es un invento de grandísima trascendencia, aun prescindiendo de todos los adelantos modernos que nos han llevado al punto culminante de nuestro progreso industrial. Aquel refinamiento de la existencia de los pueblos naturales polinesios que descansa en dos costumbres, muchas veces desconocidas en ese grado de cultura — la limpieza y el pudor — y que basta por sí solo para concederles el lugar más elevado entre sus contemporáneos, no se concibe sin aquel miserable producto de corteza, la tapa, que encontramos en nuestras colecciones etnográficas en forma de harapos de color amarillo claro ó pardos, muy parecidos á la yesca. A fuerza de golpes sobre la ablandada corteza de los pequeños troncos de la *Broussonetia papyrifera*, fórmanse delgadas planchas cuadrangulares que, dispuestas unas sobre otras en tres capas y pegadas con una materia viscosa, llegan á formar tiras de 40 y 50 varas de largo. Por este procedimiento tan sencillo se proporcionaban los tonganeses, fidschianos y taitianos, una porción de telas para vestidos, que no sólo les permitía cubrir debidamente su cuerpo, sí que también cierto lujo en el cambio frecuente de trajes, un cuidado especial en la manera de llevarlos y en la elección de colores y muestras para los mismos, y acumular un capital guardando las piezas de estas telas que servían de materia para cambios. Para mejor comprender la diferencia, piénsese en el vestido de pieles del esquimal ó en la capa de cuero de la negra que, durante muchas generaciones, han ido acumulando la inmundicia de otras generaciones pasadas. Los

tonganeses, pueblo el más adelantado en la preparación de la tapa, son muy mirados en punto á vestidos: necesitan, lo mismo los hombres que las mujeres, algún tiempo para arreglarlos á su completa satisfacción, siendo el arreglo de los pliegues objeto de su atención preferente. Los niños menores de dos años andan desnudos dentro de sus viviendas, pero cuando salen con sus madres van siempre envueltos en tapa. Los tonganeses no se despojan de sus trajes ni aun para bañarse; lo único que hacen es cubrirlos con una pequeña capa de estera ó de hojas. En vista de esto ¿quién podrá negar la importancia que tiene la tapa en este extraordinario desarrollo del sentimiento del pudor y de la belleza?

El hecho de estar los conocimientos y las aptitudes más indispensables extendidos por toda la humanidad — de tal suerte que la impresión general del patrimonio de la cultura de los pueblos naturales, es una impresión de uniformidad — ha dado origen á la creencia de que este mezquino patrimonio es simplemente el resto de una suma mayor de bienes, de la cual ha ido desapareciendo poco á poco todo lo que no era absolutamente necesario. El arte de encender fuego por medio de la frotación y el de construir arcos y flechas ¿recorrieron por sí solos el mundo? La contestación á esta pregunta importa en alto grado no sólo para apreciar la medida de las dotes inventivas, sí que también para conocer exactamente la historia primitiva de la humanidad. En las conquistas de la cultura, más que en otra cosa, hay que estudiar de qué elementos se ha valido y por qué caminos ha llegado la humanidad á ser lo que actualmente es. Si agrupamos el patrimonio que poseen los pueblos naturales en nociones artísticas, utensilios, armas, etc.,